MICHAEL BOND

Un oso llamado Paddington

Ilustraciones de PEGGY FORTNUM

noguer

UN OSO LLAMADO PADDINGTON

Michael Bond

Ilustraciones de Peggy Fortnum

Noguer

Título original: *A Bear Called Paddington*
© del texto: Michael Bond, 1958
© de las ilustraciones: Peggy Fortnum y William Collins Sons & Co. Ltd, 1958,1959, 1960, 1961, 1962, 1964, 1966, 1970, 1974, 1979, 2008
© de la traducción: Margarita García
© Editorial Noguer S. A., 1976
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2015
ISBN: 978-84-279-0159-9
Depósito legal: B. 26.558-2014
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Por favor, cuiden de este oso 5
Un oso en agua caliente 24
Paddington toma el metro 43
De compras 61
Paddington y el «viejo maestro» 81
Una función de teatro 99
Aventura en la playa 118
El truco de la desaparición 137

Capítulo uno

POR FAVOR, CUIDEN DE ESTE OSO

Los señores Brown se encontraron con Paddington en el andén de una estación de ferrocarril. Por eso le pusieron ese nombre tan raro para un oso, ya que Paddington es el nombre de la estación.

Los Brown habían ido allí para recibir a su hija Judy, que volvía de la escuela para pasar sus vacaciones. Era un caluroso día de verano, y la estación estaba llena de gente que iba a la playa. Los trenes silbaban, los taxis hacían sonar sus bocinas, los maleteros corrían de acá para allá gritándose unos a otros, y en conjunto había tanto ruido que el señor Brown, que fue quien lo vio primero, tuvo que decírselo a su esposa varias veces antes de que ella lo entendiera.

—¿Un oso? ¿En la estación de Paddington? —La señora Brown miró a su esposo, asombrada—. No digas tonterías, Henry. No puede ser.

El señor Brown se ajustó las gafas.

—Pues hay uno —insistió—. Lo veo claramente. Detrás de todas aquellas sacas de correo. Y lleva puesto un sombrero muy gracioso.

Sin esperar respuesta, agarró a su esposa por el brazo y la arrastró a través de la muchedumbre. Rodearon una carretilla cargada de chocolate y tazas de té, pasaron de largo ante un puesto de libros y cruzaron a través de una abertura entre un montón de maletas hacia la Oficina de Objetos Perdidos.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó con tono triunfal, señalando hacia un rincón oscuro—. Ya te lo dije.

La señora Brown siguió la dirección de su brazo y distinguió confusamente un objeto pequeño y peludo en las sombras. Parecía estar sentado sobre una maleta, y colgada del cuello tenía una etiqueta con algo escrito en ella. La maleta era vieja y estaba estropeada, y, en un lado, con letras grandes, tenía escritas las palabras INDIGENTE DE VIAJE.

La señora Brown se agarró fuertemente a su esposo.

—¡Vaya, Henry! —exclamó—. Creo que tienes razón. ¡Es un oso!

Se quedó mirándolo más de cerca. Parecía un tipo de oso muy raro. Era de color marrón, un marrón más bien descolorido, y llevaba puesto un sombrero de lo más extraño, con una ala muy ancha, como había dicho el señor Brown. Debajo del ala, dos ojos grandes y redondos la miraban fijamente.

Viendo que se esperaba algo de él, el oso se levantó y se quitó cortésmente el sombrero, dejando ver dos orejas negras.

—Buenas tardes —dijo con una vocecita clara.

—Bue... buenas tardes —respondió el señor Brown un poco dubitativo.

Hubo un momento de silencio.

El oso se quedó mirándolos sin saber qué decir.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

El señor Brown pareció un poco azorado.

—Bueno... no. La... La verdad es que nos estábamos preguntando si podíamos ayudarlo a usted.

La señora Brown se inclinó.

—Es usted un osito muy pequeño —le dijo.

El osito sacó el pecho.

—Soy un osito de un tipo muy raro —contestó dándose importancia—. No quedamos ya muchos en el país de donde vengo.

—¿Y de dónde viene usted? —le preguntó la señora Brown.

El osito miró a su alrededor con precaución antes de contestar:

—De los oscuros bosques de Perú. En realidad, nadie sabe que estoy aquí. ¡Soy un polizón!

—¿Un polizón?

El señor Brown bajó el tono de su voz y miró ansiosamente por encima de su hombro. Temía ver a un policía de pie tras él, con un cuaderno de notas y un lápiz, apuntándolo todo.

—Sí —dijo el oso—. Emigré, ¿saben? —En sus ojos apareció una triste expresión—. Yo vivía con mi tía Lucy en Perú, pero ella tuvo que irse a un hogar para osos retirados.

—No dirá en serio que ha venido solo desde América del Sur —dijo la señora Brown.

El oso asintió.

—Tía Lucy siempre me decía que debía emigrar cuando fuera mayor de edad. Por eso me enseñó a hablar inglés.

—Pero ¿cómo se las arreglaba para comer? —preguntó el señor Brown—. ¡Debe de estar muerto de hambre!

Inclinándose, el oso abrió la maleta con una llavecita que llevaba colgada del cuello y sacó un tarro de cristal casi vacío.

—Comía mermelada —dijo con cierto tono de orgullo—. A los osos nos gusta la mermelada. Y vivía en un bote salvavidas.

—Pero ¿qué va a hacer usted ahora? —inquirió la señora Brown—. No puede seguir sentado en la estación de Paddington esperando a que ocurra algo.

—¡Oh! Ya me las arreglaré...; eso espero.

El oso se inclinó para cerrar su maleta de nuevo. Al hacerlo, la señora Brown se fijó en lo que había escrito en la etiqueta. Decía simplemente: POR FAVOR. CUIDEN DE ESTE OSO. MUCHAS GRACIAS.

Ella se volvió suplicante hacia su esposo.

—¡Oh, Henry! ¿Qué vamos a hacer? No lo podemos dejar aquí. ¡Quién sabe qué podría ocurrirle! Londres es una ciudad demasiado grande cuando uno no tiene adónde ir. ¿No puede venir con nosotros y quedarse en casa unos días?

El señor Brown vaciló.

—Pero, Mary, cariño, no podemos llevárnoslo... de esta manera. Al fin y al cabo...

—Al fin y al cabo, ¿qué? —En la voz de la señora Brown había una nota de firmeza. Se quedó mirando al oso—. ¡Es tan lindo! Y hará mucha compañía a Jonathan y a Judy. Aunque no sea más que por una temporada. Nunca te lo perdonarán si se enteran de que lo dejaste aquí.

—Todo esto me parece muy irregular —dijo el señor Brown, dubitativo—. Estoy seguro de que hay una ley al respecto. —Se inclinó—. ¿Te gustaría venir y quedarte con nosotros? —le preguntó tuteándolo—. Es decir —añadió apresuradamente, no deseando ofender al oso—, si no tienes nada planeado.

El oso dio un salto, y el sombrero estuvo a punto de caérsele a causa de la excitación.

—¡Oooh, sí! Por favor. Me gustaría muchísimo. No tengo ningún sitio adonde ir y todo el mundo parece tener mucha prisa.

—Bueno, pues asunto arreglado —dijo la señora Brown antes de que su esposo pudiera cambiar de idea—. Y tendrás mermelada todos

los días en el desayuno, y... —se esforzó en imaginar algo más que les pudiera gustar a los osos.

—¿Cada mañana? —El oso parecía como si no pudiera dar crédito a sus oídos—. En casa sólo me la ponían en ocasiones especiales. La mermelada es muy cara en los oscuros bosques de Perú.

—Entonces la tomarás cada día desde mañana mismo —prosiguió la señora Brown—. Y miel los domingos.

Un gesto de preocupación apareció en el rostro del oso.

—¿Costará mucho eso? —preguntó—. Es que, verán, apenas tengo dinero...

—Claro que no. Ni se nos ocurriría cobrarte nada. Esperamos que seas uno más de la familia, ¿verdad, Henry? —La señora Brown miró a su esposo esperando su apoyo.

—Claro —dijo el señor Brown—. Y a propósito —añadió—, si has de venir a casa con nosotros, será mejor que conozcas nuestros nombres. Ésta es la señora Brown, y yo soy el señor Brown.

El oso se quitó el sombrero dos veces, cortésmente.

—Yo, en realidad, no tengo nombre —dijo—. Sólo uno peruano que casi nadie logra entender.

—Entonces será mejor que te demos un nombre inglés —dijo la señora Brown—. Eso simplificará las cosas.—Miró a su alrededor por la estación buscando inspiración—. Debe de ser algo especial —dijo pensativa. Y mientras hablaba, una locomotora que estaba junto a uno de los andenes soltó un fuerte silbido y una nube de vapor—. ¡Ya lo tengo! —exclamó—. Como te hemos encontrado en la estación de Paddington, te llamaremos Paddington.

—¡Paddington! —El oso lo repitió varias veces para asegurarse—. ¡Paddington! Parece un nombre muy largo.

—Es muy distinguido —dijo la señora Brown—. Sí, me gusta el nombre de Paddington. Será Paddington.

La señora Brown se levantó.

—Bien; ahora, Paddington, tengo que ir a recibir a nuestra hija Judy. Viene en tren, desde la escuela, para pasar las vacaciones. Estoy segura de que tienes sed después de tan largo viaje, así que ve a la cantina de la estación con el señor Brown y él te pagará una taza de té.

Paddington se relamió los labios.

—Tengo mucha sed —confesó—. El agua de mar lo deja a uno sediento. —Tomó su maleta, se puso el sombrero firmemente sobre la cabeza y agitó cortésmente una zarpa en dirección a la cantina—. Le sigo, señor Brown.

—Gra... gracias, Paddington —repuso el señor Brown.

—Cuida de él, Henry —dijo la señora Brown mientras se alejaba—. Y, por Dios, cuando tengas un momento, quítale esa etiqueta del cuello. Lo hace parecer un paquete. Lo van a poner en una carretilla si lo ve un maletero.

La cantina estaba llena de gente cuando entraron, pero el señor Brown logró encontrar una mesa para dos en un rincón. De pie sobre una silla, Paddington podía apoyar sus patas cómodamente sobre el tablero de cristal. Miró a su alrededor con interés mientras el señor Brown iba a por el té. Al ver a todo el mundo comiendo, se acordó de lo hambriento que estaba. Había un bollo a medio terminar sobre la mesa, pero en el momento que alargaba su pata, llegó una camarera y, con una servilleta, lo arrojó a una bandeja.

—No comas esto, precioso —le dijo mientras le hacía una caricia amistosa—. No sabes quién lo ha mordisqueado.

Paddington se sentía tan vacío que de veras no le importaba quién lo hubiera mordisqueado; pero era demasiado cortés para decir nada.

—Bueno, Paddington —dijo el señor Brown mientras colocaba sobre la mesa dos humeantes tazas de té y un plato lleno a rebosar de bollos—, ¿qué te parece esto?

A Paddington le relucieron los ojos.

—Es usted muy amable, gracias —exclamó, mirando el té dubitativo—; pero me cuesta trabajo beber en una taza. Generalmente se me queda clavado el hocico o se me cae el sombrero dentro y le da mal sabor.

El señor Brown vaciló.

—Entonces será mejor que me des el sombrero. Te serviré el té en el platillo. No es lo que se suele hacer en los mejores círculos, pero creo que a nadie le importará esta vez.

Paddington se quitó el sombrero y lo puso cuidadosamente sobre la mesa mientras el señor Brown le servía el té. Miró con cara hambrienta o bollos, especialmente uno grande con crema y

compota que el señor Brown colocó en un plato frente a él.

—Aquí tienes, Paddington —le dijo—. Siento que no tengan bollos de mermelada; pero es lo mejor que he podido conseguir.

—Me alegro de haber emigrado —dijo Paddington mientras alargaba una pata y acercaba el plato—. ¿Cree que a alguien le importará que me suba a la mesa para comer?

Antes de que el señor Brown pudiera contestar, él ya se había subido y puso su pata derecha firmemente sobre el bollo. Era un bollo muy

grande, el mayor y más pegajoso que el señor Brown logró encontrar, y en cosa de un instante la mayor parte del contenido se abrió camino hacia sus bigotes. La gente empezó a darse codazos y a mirar fijamente en su dirección. El señor Brown deseó haber escogido un bollo corriente; pero no era muy experto en cuestiones de osos. Removió su té y miró por la ventana, como si hubiera tomado el té con un oso en la estación de Paddington todos los días de su vida.

—¡Henry! —El sonido de la voz de su esposa lo hizo volver a la realidad con un sobresalto—. ¿Qué le has hecho al pobre oso? ¡Míralo! Está todo manchado de crema y compota.

El señor Brown se levantó de un salto, lleno de confusión.

—Es que parecía hambriento —contestó con voz lastimera.

La señora Brown se volvió hacia su hija.

—Esto es lo que pasa cuando dejo solo a tu padre cinco minutos.

Judy dio una palmadita de excitación.

—¡Oh, papá! ¿De veras se va a quedar con nosotros?

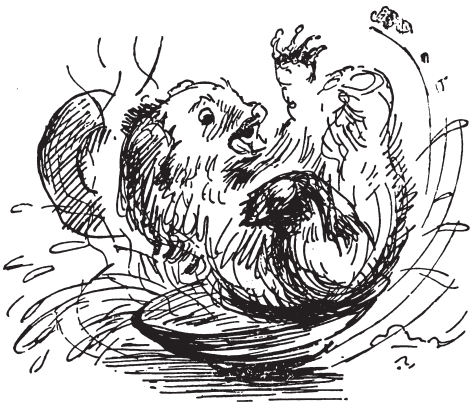
—Si se queda —dijo la señora Brown—, otra

persona que no sea tu padre tendrá que cuidar de él. ¡Mira cómo se ha puesto!

Paddington, que durante todo ese rato había estado demasiado interesado en su bollo para preocuparse de lo que estaba pasando, de repente se dio cuenta de que había personas que estaban hablando de él. Alzó la mirada y vio que la señora Brown estaba ahora acompañada por una muchacha de risueños ojos azules y largo pelo rubio. Dio un salto, intentando quitarse el sombrero, y en su apresuramiento resbaló sobre un poco de compota de fresa que, de alguna manera, había ido a parar al cristal del tablero de la mesa. Por un instante tuvo la borrosa impresión de que todo y todos se habían puesto boca abajo.

Agitó sus patas alocadamente en el aire, y luego, antes de que nadie pudiera sujetarlo, cayó hacia atrás y aterrizó sobre el platillo de té en medio de una rociada de salpicaduras. Se levantó con una rapidez mucho mayor que la empleada para sentarse, porque el té estaba aún muy caliente, y acto seguido metió una pata en la taza del señor Brown.

Judy echó la cabeza hacia atrás y se rió hasta que las lágrimas corrieron por su cara.



—¡Mamá! ¡Qué gracioso es! —exclamó.

Paddington, que no encontraba aquello divertido, se quedó parado un momento con un pie sobre la mesa y el otro en la taza de té del señor Brown. Tenía pegotes de crema blanca por toda la cara, y en su oreja izquierda podía observarse uno de compota de fresa.

—Nadie creería —dijo la señora Brown— que uno pueda ponerse en tal estado con sólo un bollo.

El señor Brown tosió. Acababa de ver la mirada reprobadora de una camarera al otro lado del mostrador.

—Será mejor que nos vayamos —dijo—. A ver si puedo encontrar un taxi.

Tomó las pertenencias de Judy y se apresuró a salir.

Paddington bajó cautelosamente de la mesa y, con una última mirada a los pegajosos restos de su bollo, puso los pies en el suelo.

Judy lo tomó por una de sus patas.

—Vamos, Paddington. Te llevaremos a casa y podrás tomar un buen baño caliente. Luego me contarás cosas de América del Sur. Estoy segura de que habrás pasado muchas y maravillosas aventuras, ¿a que sí?

—Sí que las he pasado —respondió Paddington muy serio—. Muchas. Siempre me han estado ocurriendo cosas. Soy de esa clase de osos.

Cuando salieron de la cantina, el señor Brown ya había encontrado un taxi y les hizo señas. El conductor se quedó mirando con dureza a Paddington y luego al interior de su bonito y limpio taxi.

—Los osos pagan un suplemento de seis peniques —dijo con tono rudo—. Y los osos pegajosos, nueve peniques.

—No es culpa suya si está pegajoso —lo excusó el señor Brown—. Ha sufrido un desagradable accidente.

El taxista vaciló.

—Está bien. Entren. Pero tengan cuidado de que no manche. He limpiado el coche esta mañana.

Los Brown entraron obedientemente en la parte trasera del taxi. Los señores Brown y Judy ocuparon el asiento posterior, mientras Paddington se colocó sobre dos patas en un asiento plegable tras el conductor, de modo que pudiera ver por la ventanilla.

El sol brillaba mientras se alejaban de la estación. Tras la lobreguez y el ruido, todo parecía brillante y alegre. Pasaron junto a un grupo reunido en una parada de autobús, y Paddington les hizo un saludo con una pata. Varias personas se lo quedaron mirando fijamente, y un hombre alzó el sombrero como respuesta. Todo era muy amistoso. Después de semanas de haber permanecido acurrucado y solo en un bote salvavidas, había muchas cosas que ver. Había gente, coches y autobuses grandes y rojos por todas partes. Aquello no se parecía en absoluto a los oscuros bosques de Perú.

Paddington mantuvo un ojo fuera de la ventanilla para no perderse nada. Con el otro examinó

cuidadosamente a los señores Brown y a Judy. El señor Brown era grueso y jovial, con un gran bigote y gafas, mientras que la señora Brown, que era también un poco rolliza, parecía una versión en grande de Judy. Paddington ya estaba convencido de que le iba a gustar quedarse con los Brown, cuando se abrió la ventanilla situada detrás del conductor y una voz áspera preguntó:

—¿Adónde han dicho que querían ir?

El señor Brown se inclinó hacia adelante.

—Al número treinta y dos de Windsor Gardens.

El conductor ahuecó una mano tras la oreja.

—¡No le oigo! —gritó.

Paddington le dio un golpecito en el hombro.

—Número treinta y dos de Windsor Gardens —repitió.

El taxista pegó un salto al oír la voz de Paddington y por poco se estrelló contra un autobús. Se miró el hombro y exclamó, enfurecido:

—¡Crema! ¡En mi chaqueta nueva!

Judy contuvo una risita, y el señor y la señora Brown se miraron. El señor Brown atisbó el taxímetro. Casi esperó ver una señal indicando que tenían que pagar otros seis peniques.

—Perdone —le dijo Paddington.

Se inclinó hacia el chófer y trató de quitarle la mancha frotándola con su pata. Varias migajas de bollo y un poco de compota se añadieron misteriosamente a la chaqueta del taxista. El conductor dedicó una larga y dura mirada a Paddington, y éste alzó su sombrero. El conductor cerró la ventanilla de golpe.

—¡Oh, cariño! —exclamó la señora Brown—. Tendremos que darle un baño en cuanto lleguemos a casa. Lo está manchando todo.

Paddington pareció pensativo. No porque a él no le gustaran los baños, sino porque estar cubierto de compota y crema no le importaba. Le parecía una lástima lavar todo aquello tan pronto. Pero antes de que tuviera tiempo de considerar el asunto, el taxi se detuvo y los Brown empezaron a salir del vehículo. Paddington cogió su maleta, siguió a Judy y subió unos escalones blancos hasta una gran puerta verde.

—Ahora vas a conocer a la señora Bird —dijo Judy—. Es la que nos atiende. A veces tiene algo de mal genio y refunfuña mucho, pero no está enfadada en realidad. Seguro que te caerá simpática.

Paddington sintió que sus rodillas empezaban a temblar. Miró a su alrededor en busca del señor y la señora Brown, pero, al parecer, estaban discutiendo con el taxista. Tras la puerta oyó pasos que se aproximaban.

—Estoy seguro de que me caerá simpática, si tú lo dices —contestó, mirando su imagen reflejada en el brillante y pulido buzón—. Pero ¿le caeré yo en gracia a ella?